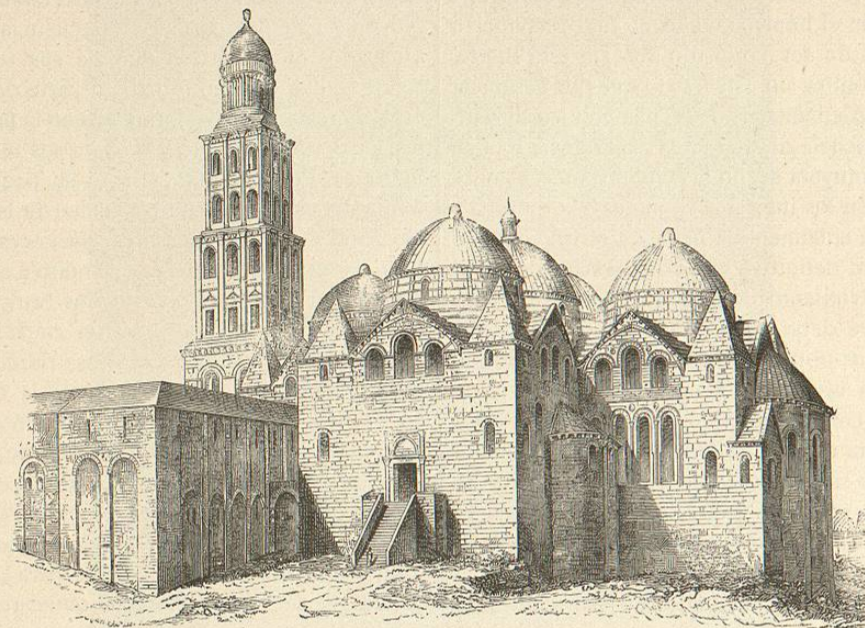


á dudar y queriendo hacer comprensibles los misterios. Al frente de esta tendencia figuró Pedro Abelardo, el primer representante del racionalismo, que se espantó ante las consecuencias de sus propias doctrinas, y en quien los contemporáneos y la posteridad vieron mas bien al desdichado amante de Eloisa, con lo cual formularon inconscientemente una protesta contra las funestas consecuencias sociales del celibato. La curia romana se guardaba muy bien de romper con esta potencia y le perdonó, porque necesitaba de ella, algunas cosas que, de lo contrario, no hubieran pasado sin castigo. Todo esto favoreció la independencia de la Iglesia francesa, y el orgulloso galicanismo de los posteriores tiempos sacó de estas tradiciones una buena parte de su fuerza.

Las Cruzadas pusieron en actividad todos estos elementos del desarrollo de Francia. Mientras la nobleza alemana gas-

taba sus fuerzas en las luchas contra la monarquía, la francesa, durante muchas generaciones, empleó las suyas en combatir por los Santos Lugares, desangrándose, por decirlo así, en esta empresa, en lo cual salió ganando la monarquía, que sin esfuerzo alguno de su parte veía desaparecer á sus mas peligrosos enemigos. También resultaron de este modo beneficiadas las ciudades francesas, pues no solo se vieron favorecidas por el vuelo que entonces tomaron el comercio y la industria, sino que además los gastos que para sus expediciones á Oriente tenían que hacer los príncipes y los magnates, les dieron ocasion para hacer valer con doble ganancia sus cuantiosos recursos económicos, por cuyo medio pudieron ensanchar sus territorios y adquirir algunos de los derechos que pertenecían á sus señores feudales. En Francia, pues, ocurrió entre las ciudades y sus señores feudales ecle-



Iglesia de Saint Front, en Perigueux

Construida en el siglo X por el estilo de la de San Marcos de Venecia, es decir, en figura de cruz formada por cinco cúpulas; sirvió de modelo á un gran número de iglesias del Sudoeste de Francia

siásticos un conflicto análogo al que en Alemania produjo, en la época sálica, el primer paso trascendental del régimen municipal: también en Francia tuvieron las ciudades un aliado en la monarquía, solo que esta evolución fué allí mas continua y constante, sin las vacilaciones y contradicciones que hubo de sufrir en Alemania la alianza entre el trono y la burguesía. Los reyes franceses, al asegurar la libertad de las ciudades contra toda pretension de los señores territoriales y al facilitar por medio de reales cédulas de libertad el paso de las constituciones comunales á un régimen autónomo municipal, encadenaron fuertemente á la burguesía á los intereses de la corona y gracias al auxilio de las ciudades los señores feudales hubieron de doblegarse ante la autoridad, durante largo tiempo combatida, de los monarcas. La alianza entre la monarquía y la burguesía, que en Alemania se quiso intentar muchas veces y que otras tantas tuvo que ser abandonada, fué en Francia el fundamento fijo de la política interior en que descansaron la unidad nacional y el nuevo Estado francés.

Por virtud de la vigorosa cooperación de estos hechos, la historia de Francia desde el sexto rey capeto se movió en línea siempre y rápidamente ascendente, siendo también en esta nación un eclesiástico el que, como hombre de Estado, mostró el camino que debía seguir su patria para desenvol-

verse. Durante los reinados de Luis VI (1108-1137) y especialmente de Luis VII (1137-1180), el sabio, piadoso y eminente político Suger, abad de Saint-Denis, fué el alma del Estado francés: él formuló, en sus rasgos fundamentales, la política monárquica francesa; él indicó los medios y el camino que para su realización debían seguirse; él hizo nacer con sus triunfos la fe en aquella política. El recrudescimiento del antagonismo con Inglaterra hizo que Francia necesitara entonces mas que nunca desplegar todas sus fuerzas, pues se trataba nada menos que de asegurar su integridad territorial. De suerte que la amenaza constante que para Francia constituía Inglaterra fué un elemento esencial al nacimiento de la nación francesa y á la formación de su Estado, pues despertó un entusiasta sentimiento nacional y le obligó á desarrollar todas sus fuerzas. Durante algunas generaciones dominó exclusivamente así en la política exterior como en la interior de Francia esta relación respecto de Inglaterra.

Los duques de Normandía habían sido en todo tiempo molestos vasallos del rey de Francia, haciéndose la situación insoportable para los monarcas desde que Guillermo el Conquistador, con asentimiento de la curia romana y como campeón de la Iglesia, conquistó en Hastings (1066) la corona de Inglaterra. Los duques de Normandía, que por ser reyes de Inglaterra se consideraban soberanos, se resistían á

cumplir con la monarquía francesa los deberes que su condición de feudatarios les imponía, y esto dió lugar á muchos conflictos, en los cuales los monarcas franceses tuvieron que luchar con la monarquía militar de los anglo-normandos, vigorosamente organizada. La Francia, constantemente amenazada por este lado, no pudo evitar repetidas veces una gran catástrofe mas que con una sumisión humillante. El peligro se aumentó desde mediados del siglo XII. Luis VI había creído que el casamiento de su hijo con Leonor, la heredera del duque Guillermo de Aquitania, haría entrar á su dinastía en posesión de la Guena, la Gascuña y el Poitou; pero á su regreso de la segunda cruzada, y en vista de los escándalos que con sus galanteos había dado la licenciada hija de la Francia del Sur, hizo que se disolviera el matrimonio, renunciando á todos los derechos sobre la herencia de Leonor; ésta se casó entonces con Enrique Plantagenet, el rico conde de Anjou, hijo de Matilde, la joven viuda del emperador Enrique V, y de su segundo esposo Godofredo. Cuando Enrique, en 1154, ciñó la corona de Inglaterra, la rica herencia de su esposa, sus antiguos dominios y los de Inglaterra en el continente vinieron á formar un territorio tan vasto y tan bien marcado, que el monarca francés, con sus reducidos y mal deslindados dominios, se encontró en una situación comprometida. Desde entonces la herencia de la princesa aquitana fué causa de continuas luchas entre Inglaterra y Francia, resultando de ellas un antagonismo que aumentó en sumo grado el mútuo rencor no solo de las dinastías sino también de los pueblos que detrás de ellas se encontraban. Estas luchas ocupan casi totalmente los reinados de Enrique II de Inglaterra (1154-1189) y de Luis VII de Francia (1137-1180), y hasta las vacilaciones que sufrió la política de ambos monarcas con relación á la contienda entre el imperio y el pontificado fueron principalmente debidas á las mismas disidencias territoriales. La ventaja estaba de parte de la política dinástica tradicional de los Capetos, que se imponía por el carácter hereditario de la corona, tanto mas cuanto que venían á favorecerla la funesta disensión que existía en la familia de los Plantagenet y la poca confianza que merecían los barones del Sur de Francia, tan ganosos de luchas. No había que esperar que el rey de Inglaterra desde tan lejos, como soberano de aquellas hermosas comarcas, pudiera llevarles la paz, y en cambio, cuanto mas unida aparecía la Francia de los Capetos, tanto mas insoportable se consideraba en el Sur, en el Loira y el Garona, una unión antinatural á la que se oponían el idioma y las costumbres.

La lucha tomó un giro decididamente favorable á Francia á principios del siglo XIII, durante el reinado del hijo de Luis VII, Felipe II apellidado Augusto (1180-1223), cuya juventud no le impidió ser un monarca enérgico, decidido y perspicaz. Este rey, sacando las consecuencias de la política dinástica de sus antecesores, no solo imprimió á la política interior de Francia una dirección mas marcada, sino que puso también término á la contienda con Inglaterra. Así como Francia hasta entonces había recibido, en punto á política exterior, su principal impulso ora de Alemania, ora de Inglaterra, desde entonces, siguiendo un rumbo independiente entre ambas potencias, emprendió una política propia. Felipe II supo aprovechar hábilmente para ello los antagonismos políticos á que dió lugar el conflicto entre los Staufen y la curia romana y los príncipes alemanes, inclinándose ya á un partido, ya á otro, pero conservando siempre su independencia y siempre dispuesto á defender con la espada los intereses nacionales. Al conde de Flandes, que por su doble condición de vasallo francés y vasallo alemán se había hecho á menudo molesto á los reyes de Francia, le arrebató los ter-

ritorios de Vermandois, Valois y Amiens, por él pretendidos como herencia de su esposa. Aprovechándose de los desórdenes que ocurrieron en Inglaterra durante los reinados de Ricardo Corazón de León y de Juan, hizo efectiva la soberanía, hasta entonces solo existente de derecho, sobre la Normandía y sobre la mayor parte de la herencia franco meridional de los Plantagenet, conquistando para su corona las provincias de Anjou, Turena, Maine y Poitou; también la Bretaña se sometió á su supremacía. Como aliado de Felipe de Suabia y luego de Federico II, combatió contra la coalición anglo-flamenca que se había formado alrededor de los güelfos, y gracias á la gloriosa victoria de Bouvines, punto de partida de la fama militar de los franceses (1214), elevó á Francia á la categoría de potencia dominante. De esta suerte duplicó casi Felipe II el territorio que estaba bajo la inmediata soberanía de la corona, á la cual se sometieron también Boulogne y la Flandes. Con esto, Felipe pudo presentarse ante los magnates de muy distinta manera que sus antecesores, convirtiéndolo en verdadera soberanía la preeminencia honorífica, única cosa que la nobleza le quería conceder. Interesóse, además, este monarca por la pequeña aristocracia y protegió sus bienes y sus derechos contra las demasías de sus señores feudales, hecho importantísimo para el aumento y fortalecimiento del poder real en Francia. La costumbre de que los vasallos de la clase baja pudieran quejarse ante los funcionarios regios, ó bailíos, de las arbitrariedades de sus señores feudales y de que, en caso necesario, acudieran ante el mismo rey y pudieran defender sus derechos ante su tribunal áulico (el posterior parlamento), dió á la superioridad ideal del rey sobre los grandes señores territoriales una importancia eminentemente práctica, convirtiéndolo en un poder perfectamente legal la autoridad moral de que hasta entonces habían disfrutado los monarcas. Con esto, la monarquía adquirió todo el valor que á su nombre correspondía y fué, en mas alto grado que hasta entonces, la expresión del Estado francés. Ni siquiera la repugnante lucha que con la curia romana sostuvo Felipe con motivo del injusto repudio de su esposa Ingeberga, hija del rey de Dinamarca, pudo disminuir la consideración que á los ojos de su pueblo tenía.

Felipe II, viéndose tan poderoso, no consideró necesario hacer coronar mientras él vivía al heredero del trono: solo después de haber subido á él fué Luis VIII (1223-1226) ungido y coronado, sin que, á pesar de esto, nadie se permitiera poner en duda su derecho. Durante su reinado aumentó rápidamente el poder de la monarquía francesa. Siendo todavía príncipe heredero había extendido su mano á la corona de Inglaterra, uniéndose á los enemigos del rey Juan; pero esta tentativa se estrelló ante el invencible antagonismo nacional que á ambos pueblos separaba. Las continuas luchas entre los Estados del reino y el joven rey Enrique III de Inglaterra diéronle, sin embargo, ocasion para extenderse por el continente á costa de su antiguo rival y para conquistar las posesiones inglesas del Sur hasta el Garona. Mas de diez años hacia entonces que la vecina Provenza era teatro de una guerra de horrores, que debía acabar con el exterminio de los albigenses y valdenses que no se sujetaran de nuevo al yugo de la ortodoxia eclesiástica. Dirigidas por algunos fanáticos dominicos, «perros del Señor,» como se llamaban, y que encontraron allí campo propio para su actividad, algunas hordas feroces de caballeros y mercenarios aventureros, amparadas por el signo de la cruz que ostentaban, cometieron toda clase de violencias, saciándose en el saqueo de una comarca floreciente y haciendo su fortuna por medio de la conquista de tierras y gente. Su caudillo, el conde Simon de Monfort, se había apoderado

definitivamente de los ricos dominios del conde Raimundo VI de Tolosa, el cual tuvo que pagar con la pérdida de su patrimonio la protección que había dispensado a los albigenses; mas habiendo promovido este conde un nuevo levantamiento, Amalrico, hijo de Simon, no pudo resistirle, y el Papa, para impedir la victoria de los herejes, impetró el auxilio de Luis VIII. Amalrico de Monfort cedió a Luis todos sus derechos y el conde de Tolosa se vió en definitiva obligado a abandonar la parte mas hermosa de su magnífico territorio a la Francia, la cual extendió entonces sus fronteras hasta el Mediterráneo. Solo una tercera parte de los antiguos dominios quedó a la hija de Raimundo, y aun al casarse ésta con Alfonso, hermano de Luis VIII, hízose probable la anexión de este resto al reino de los Capetos.

La temprana muerte de Luis VIII, acaecida antes de que quedara definitivamente zanjada esta cuestión, pudo considerarse como un suceso nefasto. Aprovechando la circunstancia de ser su heredero un niño, la resistencia de los magnates, hasta entonces contenida, procuraba ya anular los últimos triunfos conseguidos por la monarquía, cuando la vigorosa mano de una inteligente mujer intervino por vez primera de una manera decisiva en la historia de Francia. Durante los diez años en que Blanca de Castilla, la viuda de Luis VIII, desempeñó la regencia del joven Luis IX, la situación del reino, a pesar de verse repetidas veces amenazada, no experimentó pérdida alguna, antes por el contrario se robusteció, gracias al espíritu benigno y conciliador de la regente, que cedía gustosa en las cuestiones secundarias para hacerse mas obedecer en las importantes, y que supo, en un momento crítico, avivar el espíritu nacional de su pueblo. La reanudada lucha con el conde de Tolosa, que amenazaba la posición de la monarquía en el Sur, terminó con un convenio por el cual se reintegraba a Raimundo VI una parte de su territorio, bien que asegurando su futura retroversión a la corona. Luis IX, que comenzó a gobernar independiente en 1236, continuó la buena política de su madre. La lucha con Inglaterra pareció definitivamente terminada cuando Luis IX, en 1259, devolvió al rey Enrique III en clase de feudo sus posesiones del Sur de Francia, anexando las demás a los bienes de la corona. Luis IX fué también afortunado en otras adquisiciones: en efecto, compró a Blois y Chartres y con el casamiento de su hermano Carlos de Anjou con la heredera de Provenza preparó la futura anexión de esta provincia, tan rica y tan importante por su posición geográfica. Lo que estos triunfos significaban para la situación de la monarquía en Francia se comprende con solo comparar el desarrollo enteramente opuesto de Alemania en aquella misma época. Enfrente del fraccionamiento cada día mayor del real patrimonio y de la completa soberanía territorial de los príncipes en el imperio alemán, encontramos en Francia una monarquía perfectamente definida, exenta de los accidentes é intrigas de una elección y dueño de un territorio unido y rico en recursos, situado en el corazón del reino, que le aseguraba una posición verdaderamente dominante. La soberanía directa del rey no estaba ya exclusivamente limitada a la isla de Francia, sino que se extendía a Turena, Maine, Berry y Languedoc. Desde el momento en que Borgoña, Bretaña, Boulogne, Poitou, Auvernia, Tolosa, Anjou, Provenza, Nevers y Borbon estaban en poder de los individuos de la familia real, ésta recibía tal extensión que podía considerarse como completada la unidad política de la Francia, siendo solo cuestión de tiempo la desaparición gradual de los poderes territoriales rivales.

La importancia histórica de Luis IX es debida a que supo reunir en una comunidad sólida y llena de vida estos países para la monarquía conquistados. Cabe dudar si logró este

objeto por sus reformas políticas y administrativas, inspiradas en un espíritu de verdadero hombre de Estado, ó si lo consiguió por el encanto que ejercía su persona, en la cual se realizaba el ideal moral. En las referidas reformas, introduciéndose elementos modernos en las instituciones de la Edad media, de suerte que un espíritu moderno vivificaba el Estado de Luis IX, aparentemente organizado según los principios del sistema feudal. Entonces se inició la formación de una sola clase de funcionarios dependientes únicamente del monarca, que vino a sustituir a los antiguos cargos de la corona, como los de senescal, mariscal, intendente, etc., que convertían a los que los desempeñaban, por el apoyo feudal con que contaban, en guardas y a veces en competidores de los reyes. Al lado del monarca y como su principal órgano para el gobierno solo había el canciller: la administración, separada del régimen feudal, estaba confiada a los baillíos y prebostes reales, que en nombre del rey ejercían la policía y administraban la justicia. Esta organización favoreció especialmente a las ciudades, las cuales honraban en Luis IX a su principal bienhechor. Luis concedió el derecho de ciudad a una porción de pequeños lugares, y en todos aquellos asuntos que afectaban directamente a las poblaciones, tomaba consejo de los representantes de éstas, lo propio que cuando se trataba de impuestos, gabelas y moneda. De esta suerte se ensanchó y fortaleció la comunidad de intereses entre la burguesía y la monarquía. París adquirió una importancia principal y fué, aun bajo el punto de vista administrativo, el corazón de Francia. El espíritu moderno dejóse sentir en el gobierno especialmente en lo que se refería a sus relaciones con la Iglesia. El mismo rey que dos veces había ido, como cruzado, a lejanas tierras, que por espacio de algunos años había combatido en Oriente, y a quien muchos de sus contemporáneos consideraban como una reencarnación del moribundo espíritu de las Cruzadas, defendió con gran energía contra la Iglesia el derecho del Estado y la autoridad de su corona y opuso intraspasable barrera a las extralimitaciones de la curia. Debido al carácter que imperaba en aquellos revueltos tiempos de transición, en los cuales estaban simultáneamente representadas las mas opuestas tendencias, dióse el caso de que mientras el ilustrado y libre pensador Federico II, mirando por los intereses de una política dinástica egoísta, ponía a la autoridad política al servicio de la ortodoxia eclesiástica, el devoto Luis IX, por medio de la legislación, ponía el derecho autónomo del Estado a cubierto de los ataques de la Iglesia. La Iglesia francesa, ayudada por su rey, defendió con brillante éxito el galicanismo — cuyo verdadero valor se apreció entonces por vez primera — contra los acuerdos del concilio de Lyon, en el cual Inocencio IV quiso someter el Estado a la Iglesia en la persona del emperador Federico II. Luis IX, que en el terreno temporal se oponía al derecho de desafío y al de hacerse por sí mismo justicia, permitió que los magnates se aliaran para la comun defensa contra las demasías eclesiásticas, y con su pragmática-sanción de 1269 sentó las bases de una Iglesia nacional que si bien se mantenía dentro de la esfera del catolicismo, no quería depender incondicionalmente del Papa. Por un lado, confirmó y garantizó a la Iglesia y al clero de Francia los antiguos derechos que hasta entonces habían poseído, y por otro, con la introducción de la libre elección como único medio legítimo de proveer los cargos eclesiásticos vacantes, y con la prohibición absoluta de la simonía y de toda promoción anticatólica, emancipó al episcopado francés de la influencia de la curia romana, que solo partía de puntos de vista políticos, y evitó las arbitrariedades pontificias que tanto habían contribuido a la ruina de Alemania. Además, al disponer que el

clero francés no pudiera en ningún caso, sin consentimiento expreso del rey, satisfacer las continuas exigencias pecuniarias de Roma, puso a su país a cubierto de las exacciones de que se veía objeto Inglaterra, desde los tiempos del rey Juan, y a las cuales estaba irremisiblemente condenada Alemania. Por último, obligando al Papa a reconocer formalmente estas disposiciones por él adoptadas — lo cual equivalía a hacerle renunciar a todas sus anteriores pretensiones — abrió una brecha en el sistema eclesiástico y preparó inconscientemente la futura ruina de este poder.

Luis IX sumó todos los resultados del desenvolvimiento de los tres pasados siglos y sentó los cimientos para la reconstrucción del sistema político francés: sobre este monarca pueden formular sus pretensiones así la antigua como la moderna Francia y por esto cuando se trata de apreciarle aparecen reconciliados los antagonismos en otras partes existentes, y toda la nación se une para rendir culto a su memoria. Luis el Santo fué y es todavía para los franceses lo que para los germanos y romanos Carlomagno y para los ingleses Eduardo el Confesor. En sus *Etablissements*, colección de costumbres de derecho que fueron ampliadas por los legisladores encargados de dictar sentencias, es decir, por los hombres conocedores del derecho, especialmente del romano, tuvieron los franceses un Código que era al propio tiempo la expresión de su unidad nacional. Luis poseía conocimientos nada comunes acerca del movimiento intelectual de su época; favorecía de una manera útil y práctica las ciencias; protegía las artes y les daba ocasión para mostrar de un modo brillante su fuerza creadora. Todavía es hoy objeto de admiración la Santa Capilla, única en su clase, construida en la isla del Sena junto al Palacio de Justicia; por desgracia, la Biblioteca que al lado de ella mandó construir, siguiendo los modelos de los edificios árabes de esta clase que había conocido en sus expediciones a Oriente, fué al poco tiempo destruida. Este rey bondadoso pero enérgico, piadoso a la par que hombre de Estado, compasivo a la vez que valiente guerrero, pensador al mismo tiempo que hombre de acción, fué, pues, la personificación de todas las virtudes y de todos los impulsos capaces de desenvolvimiento que entonces existían en el pueblo francés. Luis IX fué el punto de unión de dos épocas y realizó pacífica é insensiblemente la transición de una a otra, que en los demás países solo pudo verificarse a costa de violentas convulsiones. Con la creación de la Cámara de los doce pares, que deliberaba con el rey como supremo soberano feudal, perfeccionó exteriormente el Estado de feudalismo, y sin embargo esta forma feudal, que descansaba sobre bases sólidamente nacionales, ocultaba una organización política, monárquica en su esencia, que se oponía a las pretensiones de soberanía aducidas por la Iglesia. El Estado había padecido mucho, durante la Edad media y desde Carlomagno, a consecuencia de su antinatural amalgama con la Iglesia; pero Luis IX no solo supo vencer este antagonismo en su propia persona, moderada y conciliadora, sino también llevar esta conciliación al seno del organismo político francés. Sin atacar demasiado a la Iglesia, logró, sin embargo, contenerla dentro de los debidos límites, precisamente en una época en que la victoria conseguida sobre el Imperio prometía a aquella la dominación eclesiástica universal.

En otro sentido mas elevado supo también este monarca conciliar a la Iglesia y al Estado y unirlos para atender juntos a los intereses nacionales. Ranke ha dicho de Richelieu, el creador de la monarquía absoluta, que había fundado en cierto modo una religión de la monarquía: con mucha mas razón podría esto aplicarse a Luis IX. La figura luminosa de este rey, que como una aparición ideal sin mancha y

solo derramando bendiciones cruzó por una época llena de luchas y de pasiones conciliando con su bondad principios antitéticos y evitando con fortuna a su país y a su pueblo las terribles conmociones de un período en que se luchaba por las soluciones mas decisivas, esta figura, decimos, fué para sus contemporáneos un sér sobrenatural, encarnación de todas las cualidades grandes y buenas que poseía el pueblo francés, y por tanto representante del Estado francés que, en paz con el antiguo orden de cosas, se iba sin embargo modificando, y el mediador entre dos edades distintas en el Estado y en la Iglesia. Su muerte, ocurrida en una nueva cruzada, haciéndole aparecer como el glorificado representante de una idea indignamente profanada por la misma Iglesia, aumentó considerablemente esta impresión y le aseguró la soberanía aun en las generaciones que le sobrevivieron: San Luis fué el Santo patrono de la monarquía francesa y la veneración de que fué objeto redundó en beneficio de sus sucesores y de su pueblo.

Francia siguió en su desenvolvimiento el camino que él le había trazado, haciendo rápidos progresos la consolidación territorial y al propio tiempo la monárquica. Durante el reinado de su hijo, Felipe III (1270-1285), la muerte de Alfonso, esposo de la hija de Raimundo de Tolosa, hizo pasar a poder de la corona el resto del Sur de Francia y garantizó el carácter definitivo de este procedimiento, pues habiendo el ambicioso Carlos de Anjou formulado pretensiones sobre una parte de esta herencia, el Parlamento sentó el principio de que cuando se extinguiera una línea joven de la familia real, su patrimonio, en vez de ser distribuido entre las demás líneas, fuese a parar a la corona. Gracias a esto, Francia estaba asegurada contra el fraccionamiento territorial que, a consecuencia de las continuas reparticiones de herencias, comenzaba por entonces a observarse en Alemania.

CAPITULO II

FELIPE IV EL HERMOSO Y LA CATÁSTROFE DEL PONTIFICADO

(1285-1314)

Francia estaba experimentando una trascendental transformación interior cuando, en el otoño del año 1285, falleció Felipe III en Perpiñan despues de una campaña sin resultado contra Aragon. Así como Luis IX había animado las formas feudales con un espíritu que tendía a la monarquía completa, su hijo, uniéndose íntimamente a la burguesía, había matado completamente la organización feudal, pues permitía que los burgueses tuvieran feudos y concedía a los representantes de esta clase gran intervención en las cuestiones del Estado. Bajo una fuerte monarquía que disponía libremente de la mayor parte del país y que era considerada y respetada por la gran mayoría del pueblo como legítimo representante de sus intereses, alcanzó Francia una situación dominante y fué el centro de un sistema político que influyó de una manera decisiva en el desenvolvimiento del Sudoeste de Europa. Un Estado de tal naturaleza avenía poco con el sistema que, desde el triunfo conseguido por el pontificado sobre Federico II de Alemania y su dinastía, proclamaba Roma como emanado de un mandato divino y que debía ser impuesto por la fuerza al mundo que lo combatía. La lucha que motivada por estas circunstancias estalló inmediatamente en Francia, afectaba no solo a esta nación sino a todo el Occidente, y de su resultado dependía la tendencia en que éste debía moverse en lo sucesivo.

Reconocer justamente este conflicto, acometerlo en un momento dado con inusitada energía, y combatir con temeraria audacia, tales fueron los servicios que prestó al